

IRENE REYES-NOGUEROL

DE HOMERO Y OTROS DIOSES

PRÓLOGO DE FERNANDO IWASAKI



Macleín *y* Parker

Primera edición

Octubre de 2018

Del texto

© Irene Reyes-Noguerol, 2018

Del prólogo

© Fernando Iwasaki, 2018

De la portada

© María Torres Subirá, 2018

www.mariatorres.net

De esta edición

© Macleín y Parker, 2018

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-949161-3-7

Depósito Legal: SE-1802-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

A mi familia, siempre

¡Cuánta grandeza, tener la debilidad de
un hombre y la serenidad de un Dios!

LUCIO ANNEO SÉNECA

PRÓLOGO



por Fernando Iwasaki

En mis cavilaciones sobre estas cosas, a los quince años me volví melancólica y reproché a los dioses por no haberme hecho inmortal; y envidié a Homero.

ROBERT GRAVES, *La hija de Homero*

NAUSÍCAA EN OCNOS

Irene Reyes-Noguerol descubrió los mitos griegos cuando era niña y alcanzó la inmortalidad. Es decir, cuando se convirtió en lectora. La chispa de su vocación literaria fue la misma que encendió a los clásicos de todos los tiempos y de paso a millones de lectores que nos abrazamos con ellos en la misma pira donde continúa ardiendo el cadáver de Héctor, domador de caballos.

La fascinación de Irene por los poemas homéricos restallaba en «Domingo», «La espera» y otros relatos de su primer libro —*Caleidoscopios* (2016)—, donde también me reconocí de niño en el bellissimo cuento «Lector», una golosina cuya dulzura no se saboreaba ni a través de la

prosa ni del estilo sino más bien de la memoria, porque aquel relato era un homenaje rotundo a la epifanía de la lectura. Los cuentos *De Homero y otros dioses*, sin embargo, están poseídos de otra ambición.

Todos los creadores nos hemos nutrido de los mitos griegos a través de la historia. Y para ello no era preciso ser artista o poeta, pues Nietzsche, Freud y Umberto Eco han creado conceptos de raíces mitológicas para la filosofía, el psicoanálisis y la semiótica, respectivamente. Así, Irene afronta el reto de escribir desde los mitos sin contarlos de nuevo como Robert Graves y sin cambiar la tradición, como hacía Marco Denevi. Lectora de Borges, Reyes-Noguerol escribe sobre los dioses a partir de la perplejidad que nos produciría su presencia en nuestra época, como leímos en «Ragnarök», uno de los cuentos de *El hacedor*: «Frentes muy bajas, dentaduras amarillas, bigotes ralos de mulato o de chino y belfos bestiales publicaban la degeneración de la estirpe olímpica. Sus prendas no correspondían a una pobreza decorosa y decente sino al lujo malevo de los garitos y de los lupanares del Bajo».

Así, los cuentos reunidos en *De Homero y otros dioses* serían los episodios pasionales de aquella estirpe olímpica en los tiempos vulgares que corren. Con todo, Irene Reyes-Noguerol ha sido capaz de concederle a esas criaturas una épica íntima, heroica, divina, como la que advierto en «Último asalto. *Hera*»; «Yo, yazidí. *Las Troyanas*»; «Gran carnívoro. *Licaón*» y especialmente en «Tras el espejo.

Leteo», un hermoso monólogo sobre la niebla interior del alzheimer.

Irene Reyes-Noguerol regresa más escritora con *De Homero y otros dioses*, aunque ella misma es una de las últimas de otro linaje que también se extingue: el de los lectores de mitos griegos. ¿Por qué nos encontramos un «Diccionario mitológico» al final del volumen? Porque la mayoría de los jóvenes ignora quiénes son Hermes, Hades, Medusa o Sísifo e Irene no quiere que sus contemporáneos piensen que son personajes de alguna serie de Netflix. Por eso he recordado a la Nausícaa de *La hija de Homero* (1955), pues Robert Graves fantaseó que la hija de Antínoo escribió la *Odisea* para asegurarse «una vida póstuma bajo el manto de Homero».

En realidad, Irene es Nausícaa mientras evoca su Ítaca en «Bajo el magnolio», otro delicioso monólogo constelado de homenajes porque la Nausícaa de Homero recordaría Esqueria, la Nausícaa de Graves evocaría Drépano y Nausícaa Reyes-Noguerol sueña con regresar a Ocnos.

No sé qué es la vida literaria (quizá otra red social), pero sí sé en qué consiste vivir en la literatura. Irene también lo sabe, porque ya es una más junto a Homero, Cernuda, Borges y todos los que desde hace siglos acudimos a las honras de Héctor, domador de caballos.

La Vereda de los Carmelitas, verano de 2018

DE HOMERO Y OTROS DIOSES



LOS CIEGOS



DE HOMERO Y OTROS DIOSES

Abrió los ojos otra tarde cualquiera de cualquier mes de cualquier año. Todo sombras, una vez más. En la espesura de la noche, de *su* noche, volvió a pasar los dedos por la página rugosa que, algún tiempo atrás, en la memoria visual, contaba la historia de aquel mito que lo obsesionaba.

Alzó la vista al cielo con la mirada unánime de todos los ciegos del mundo, pupilas como plegarias inútiles, repetidas infinitamente, siglo tras siglo. En ese acto reflejo que de rabia y desolación había pasado a costumbre, pensó en el Minotauro como habría pensado en un hijo. O en sí mismo.

Quizás por compasión, quizás por empatía, se vio reflejado en la soledad de aquella criatura encerrada en el laberinto de sus propias sombras, espejo del número imposible de galerías que conforman el eclipse de la ceguera.

Se sintió aedo, como si el peso de los tiempos hubiera terminado de caer sobre el bastón en que se apoyaba, y quiso cantar la vida sin luz del hijo de Pasífae, su lento

vagar a tientas, su patético destino en un palacio sin ventanas. Deseó con fervor componer el más hermoso de los poemas a aquel colosal error de la naturaleza, para que los milenios venideros recordaran espantados los gritos del monstruo sin soles.

Entonces se levantó. Se sostuvo sobre lo que se había transformado en cayado. Golpeándolo rítmicamente contra el suelo, volvió a alzar la vista a su noche eterna. En su laberinto de sombras, cantó como ya había cantado antes otro ciego, otro hombre.

En sus versos, el Minotauro comprendió al fin que, tras los ojos de Borges, miraba al cielo el Otro. Y que Homero los estaba pensando a ambos.